

## **Intervención en el punto 1º de la Junta de Escuela extraordinaria del 6/11/2002.**

Buenos días.

Quiero agradecer al Sr. Director el ofrecimiento que se me brinda de dirigir a esta Junta de Escuela extraordinaria unas palabras de recuerdo al profesor D. Antonio Pérez Ballaltas.

Antes de comenzar, quiero transmitir a la Escuela en su conjunto, el agradecimiento de la familia de Antonio por todas las muestras de cariño recibidas la semana pasada, y por los actos de homenaje que se celebran en el día de hoy, reiterando su más sincero y sentido agradecimiento para todos: estudiantes, PAS, y profesores de la Escuela.

Es muy difícil encontrar los términos y el contenido del mensaje más adecuado a este foro, compuesto por personas que han conocido a Antonio como compañeros de trabajo o como alumnos, pero también, como por otra parte es natural, habrá algunos de vosotros que no hayáis tenido esa relación con él.

Muchas veces hemos oído: “no sabemos valorar lo que tenemos hasta que lo hemos perdido”. A Antonio, las personas que lo hemos tratado lo valorábamos mucho, y su pérdida no nos hace valorarlo más, ya éramos conscientes afortunadamente de sus grandes cualidades humanas.

Sinceramente, yo que he disfrutado de su amistad durante los últimos doce años, me siento muy afortunado al haber compartido despacho y trabajo con un amigo y no sólo con un compañero de trabajo. Los que lo habéis tratado, sabéis también que esta relación de amistad era muy sencilla de disfrutar.

¿Qué causas son aquellas en las que nunca se piensa cuando se vive el día a día y que hacía tan fácil llevarse bien con Antonio?. Seguro que no me voy a acordar de todas y quizás me deje algunas muy importantes.

Antonio, valenciano de cuna pero malagueño de corazón, actuaba con una gran honradez, nunca recuerdo que utilizara la mentira ni siquiera como defensa. La franqueza en sus palabras y, sobre todo, algo muy básico pero quizás también muy olvidado, su gran respeto hacia los demás, nos marca un recuerdo imborrable de su forma de ser.

Ese respeto que nace del gran espíritu de tolerancia que poseía, le hacía priorizar el lado humano de las personas por encima de los aspectos laborales o de cualquier otra índole. Su preocupación por ese lado humano prioritario, se mostraba en todo lo que hacía. Nunca pretendía perjudicar a nadie y siempre se ponía en la “piel” del otro, preocupándose de forma sincera por los problemas que veía a su alrededor.

Su gran tolerancia le permitía ver siempre un lado bueno de las cosas y facilitaba que surgiera de forma espontánea la comprensión, otra de sus grandes virtudes.

De los defectos, no es que no me quiera acordar, es que es muy difícil atribuírselos, porque dentro de sus cualidades personales lo que en otros pudieran ser graves defectos, en él formaban parte de ese Antonio que nunca olvidaremos aunque cien años de soledad pasen sobre nosotros.

Algunas veces, se le criticaba la humildad con la que se dirigía a los compañeros, restando importancia a sus trabajos. No le gustaba destacar, ni ser el foco de atención. Nunca le interesó monopolizar intervenciones ni figurar por el mero hecho de hacerlo. Quizás, estas sean algunas causas que han podido privar a muchas personas de la Escuela de conocerlo, pero él se encontraba muy a gusto en un entorno tranquilo y, en la medida de lo posible, agradable en su trabajo.

Podría dejar hablar más al corazón para haceros ver el gran aprecio que siento por Antonio y que sé que es compartido por todos los que lo hemos tratado, pero seguir escarbando más en los recuerdos me supone un esfuerzo que se transforma muy pronto en dolor.

De su perfil profesional destacaría de él su gran espíritu vocacional por la Ingeniería y, en general, por la Ciencia. Antonio no daba nada por sentado, todo lo revisaba y lo estudiaba, buscando causas y encontrando soluciones. Tenía un gran dominio práctico de la profesión y esto, en gran parte, sólo se obtiene porque aquello que haces es lo que verdaderamente más te gusta.

Su curiosidad por saber le hizo construirse de chaval una de aquellas radios galena, comprarse las primeras revistas de electrónica y construir desde muy joven circuitos a válvulas. Su afán por la electrónica le llevó a inventar cantidad de circuitos, que como alguna vez decía (y debido al poco mérito que solía atribuir a sus trabajos), debería haberlos guardado mejor porque a menudo se encontraba “reinventando la rueda”.

Quiso estudiar en esta Escuela, dónde finalmente ha trabajado como profesor. En el intermedio, ha ejercido libremente la profesión, también ha ejercido como ingeniero contratado en la empresa privada y tuvo una amplia experiencia docente, previa a la Universidad, en enseñanza secundaria como profesor de formación profesional.

Recientemente, desde hace dos años, pertenecía a la dirección de nuestro departamento como subdirector de I+D y entró a formar parte del grupo de I+D de diseño electrónico y microelectrónico del departamento, de cuyo trabajo destacaría una patente que se encuentra en proceso de tramitación.

De su docencia en la Escuela, destacaría la especialización que hemos compartido sobre el área de la Electrónica en la que hemos trabajado en los últimos años y los numerosos proyectos de fin de carrera que dirigió sobre esta temática.

Sinceramente, a sus 50 años, edad en la que nos ha dejado, creo que es muy difícil hacer más cosas y hacerlas bien.

Para concluir, quisiera que la lección de humildad que recibimos cada vez que se va un ser querido y nos hace sentir pequeños en este mundo en el que estamos de paso, aunque a menudo lo olvidemos, nos haga valorar más las cosas importantes que nos rodean y nos haga apreciar la suerte que tenemos con nuestro trabajo, que nos permite forjar amigos de verdad como el que nos ha dejado. Ojalá que esto sea para todos lo habitual, de corazón.

Muchas gracias.